

de nuestros corazones, las palabras citadas al principio de este discurso; y lo que se dice del Hijo tenemos motivos para, con la debida proporcion, decirlo de la Madre, que derrama continuamente gracias y beneficios.

Venid, pues, hermanos míos, venid, postrémonos á los piés de esta Bienhechora, y con toda la confianza de hijos favorecidos saludémosla: Reina de gracias, Madre de misericordia, Vida, Dulzura y Esperanza nuestra. Miserables hijos de Eva, á Ti clamamos, María, á Ti, que fuiste la divina reparadora de la culpa de Eva; y así como en la culpa de ésta, que nos fué madre de muerte, fué el primer latido de nuestros corazones, también en el beso de tu gracia, ya que para nosotros eres Madre de vida, sea el último suspiro de nuestros corazones. Sabes muy bien ¡oh María! los peligros que nos rodean, las asechanzas que se nos tienden, y los obstáculos que se oponen á nuestro verdadero bien en este valle de lágrimas y de miserias; ¡ah! muéstrate en tu poder, movida de tu bondad protégenos y ayúdanos. Por ser Madre de Dios, sin segunda ni á ninguna otra semejante, eres también Refugio de los pecadores, Consuelo de los tristes, Salud de los enfermos; y sé para nosotros, enfermos, tristes y pecadores, abogada nuestra: vuelve á nosotros estos tus ojos de alegría y de paz. Buena y benigna como eres, dirige nuestros pasos por la senda de la virtud, apoya nuestra debilidad en medio de las lisonjas del mundo, sostén nuestra alma en medio de las seducciones del Infierno; y pasados los días del destierro, haz que podamos ver el fruto bendito de tu vientre, Jesús. Esto es lo que te pedimos, ¡oh María! esto es lo que esperamos de Ti, seguros de ser escuchados, porque eres clemente, piadosa y dulcísima para con tus hijos.

VISITACION DE MARÍA.

DISCURSO II.

Exurgens Maria, abit in montana cum festinatione in civitatem Juda.

Levántose María, y marchó apresurada hácia las montañas y á la ciudad de Judá.

(Luc. I, 39.)

Una pobre esposa de un artesano que sale de su retiro, y atravesando las montañas parte á visitar á una prima, en cuya compañía permanece por tres meses: hé aquí, católicos, todo el objeto del presente discurso. Si hubiera de discurrir de este hecho por los principios de la oratoria profana, y por las leyes que gobiernan en los actos de esta clase, segun los caprichos de la vanidad y locura de los hijos del mundo, tendría que abandonar mi empeño, y confesar que no era este acto capaz de suministrar materia para un discurso; porque ¿qué había de decirse de un hecho tan frecuente en el trato humano? ¿Qué extraño es, que una parienta vaya á verse con otra, á quien la naturaleza la ha unido con los vínculos de la sangre? ¿En qué había de acalorarse el espíritu para dar viveza al discurso, cuando ni el aparato del viaje, ni la multitud de los sirvientes, ni la magnificencia de los compañeros, ni el estrépito de los caballos y carrozas, ni el hospedaje, ni ninguna otra circunstancia arrebatara la admiracion de los que lo observan, ni saca este acto de la comun clase de un ordinario acto de la urbanidad y política, ó tal vez de la necesidad? Pero ¡cuán al contrario no sucederá si discurremos sobre tan sencillo acto por los principios sólidos de la fé, si escudriñamos sus motivos, atendemos á sus efectos, y observamos las maravillas que le acompañan! Entónces sí que no podremos menos de conocer, que tan sencillo acto ofrece materia para infinitos discursos.

Veremos que María, al dejar su retiro y mientras permanece en casa de Zacarías, ejercita en sumo grado las virtudes; veremos que con la presencia de María, que llevaba en su vientre al divino Verbo, la casa de Zacarías se convierte en el teatro de las maravillas del Altísimo; veremos que Isabel oye la primera voz de María, y que su hijo Juan siente antes de nacer la gracia de Jesucristo; que aquélla se regocija con la visita de la Santísima Virgen, y éste con la visita de su Dios; que las madres publican exteriormente los milagros de la gracia, y que uno de los niños produce y otro siente sus efectos: veremos que María é Isabel, animadas del espíritu de sus respectivos hijos, hacen en su conversacion la solemne publicacion de oráculos y profecías. Cada una de estas maravillas hace tan singular esta visita, que no es posible discurrir sobre todas, aún cuando se empleasen muchas horas en cada una de ellas; pero ya que no me sea dado poder contemplarlas todas, no puedo ménos de deducir de ellas, aquellas máximas que más se acomodan á nuestra inteligencia, y de las que espero el fruto espiritual de vuestras almas. Hablaré solo de aquellas dos virtudes que más se distinguen en María al emprender y concluir el viaje de Nazareth á Hebrón para visitar á su prima santa Isabel; de aquella caridad y humildad que manifestó esta Señora, para que cotejando las visitas que frecuentemente se hacen en el mundo con la que hoy hace María Santísima, advirtamos cuanto distamos del verdadero espíritu que debe guiarnos en todas ellas. Imploremos ántes los auxilios de la divina gracia por la intercesion de esta misma Señora, saludándola con el arcángel. A. M.

Es un error creer, que la religion cristiana pretende romper los vínculos de la sociedad. No es menester más que leer el código fundamental del cristianismo para convencerse, de que ninguna otra cosa desea su Legislador sinó el que unos miembros presten á otros todos los oficios que exige el amor que á todos los sigue y acompaña por su naturaleza, porque siendo uno mismo el Autor de la naturaleza y el Legislador del cristianismo, no pudo destruir sus principios, sinó perfeccionarlos y ensalzarlos. Así que, léjos de prohibir los actos con que se conserva y fomenta el amor natural de unos hombres á otros, los manda expresamente, prohíbe con graves penas el negarse mutuamente los oficios de beneficencia y de amor, y alienta con inefables premios á los que se aventajaren en acumular obras de esta clase. Añade al vínculo natural que une estrechamente á los miembros de la sociedad el suave nudo de la caridad, nudo único que

puede conseguir los deseos de la verdadera felicidad. Con este nudo les manda llorar con los que lloran, y alegrarse con los que se regocijan: con este nudo les manda, que hagan participantes á sus prójimos de todos los bienes de que ellos abundan. Desciende á enseñar en todos los estados, en que el hombre necesita del trato y union de sus semejantes, el modo con que debe santificarse en aquellos actos á que le induce la inclinacion de su naturaleza. Mas esto no lo podremos conseguir sin la caridad: ella sola ennoblecerá las acciones más sencillas, ensalzará las más naturales, y consagrará las más indiferentes, y nos hará hallar mérito para con Dios en el mismo trato y comunicacion de los demás hombres. No nos prohíbe, pues, la religion el visitar á nuestros prójimos: nos manda solo el que lo hagamos por el recto fin que nos prescribe en todas las demás acciones: quiere que el principio y motivo de nuestras visitas sea la caridad, para que solo las dirija y ordene el espíritu de Dios; y deseando proponernos un ejemplar de nuestra conducta, nos ofrece hoy el más perfecto que puede desearse en la persona de la Santísima Virgen. ¡Ah! si nosotros le considerásemos detenidamente, ¡cuán confundidos quedaríamos al observar en esta Señora los rasgos de una sólida caridad, que condena nuestra indiferencia en este punto! Por cualquier aspecto que le contemplemos, observaremos una caridad ardiente en sus motivos, en sus medios y en sus efectos.

Porque ¿qué otra cosa impulsa á María á dejar su retiro y emprender el largo viaje de Nazareth, lugar de su domicilio, á Hebrón, lugar del de Isabel? ¿Es acaso la curiosidad, el deseo de ver y ser vista, el amor al placer, el hacer ostentacion de sus talentos, el publicar las grandes maravillas que ha obrado en Ella el Omnipotente? No. Esta Señora, que desde el primer instante de su sér ha observado fielmente la voluntad de su Dios, y ha seguido inalterablemente las inspiraciones de su amor, atenta y dócil á los movimientos del divino espíritu que la guía en todo, sigue simplemente la impresion que la lleva á visitar y ver á Isabel, juzgando que el Señor tiene sus designios en este viaje. Los tenía en efecto: quería el Señor santificar al Precursor, manifestar la gloria y el poder de su Hijo desde los primeros momentos de su concepcion; y llenando á las madres de una nueva abundancia de gracias, hacerlas gustar los más dulces consuelos; pero María no se detiene á indagar estos secretos, descansa tranquilamente en su Dios, y solo atiende á sus inspiraciones. Siente su movimiento, y al punto la pone en ejecucion, nada hay ya que pueda detenerla en su retiro; no el ignorar los designios de su Dios en la

empresa de este viaje, no el tener que dejar su amada soledad, no el horror que siempre tuvo al trato del mundo, no lo dilatado del viaje, no la aspereza de los caminos, no los rios ni las montañas, no la multitud de los peligros, no su delicadeza, no su edad, no su preñez. Acude donde la dirige el movimiento interior de su espíritu, conoce que su Dios es quien le inspira tan misterioso acto, y se decide á él porque su amor no la permite apartarse de la voluntad de su amado. ¡Oh amor, y cuán eficaz es tu imperio! ¡Oh María, y cuán pronta es tu voluntad para servir á tu amado! Caminad, purísima Señora, caminad tranquila en vuestro Dios; Él es la columna firmísima en que habeis de descansar, y bajo cuya proteccion nada hay difícil ni imposible: caminad con diligencia, para que cuanto ántes se cumplan los designios del Altísimo: daos prisa para entrar en la casa de Zacarías, y convertirla en casa de bendicion y de gracia.

Pero no necesitamos, oyentes, excitar á María para que apresure su viaje; pues el mismo escritor sagrado nos dice expresamente, que María caminaba con toda diligencia y prontitud, *cum festinatione*, dándonos en esto un firme testimonio de su fidelidad á los movimientos interiores de su espíritu, y de aquel ardor con que manifestaba la prontitud de su voluntad hácia su Dios; y siendo este el principio de su viaje, ¿cuál sería, hermanos míos, la continua ocupacion del espíritu de María? ¿Cuáles sus continuos coloquios con su Dios, cuáles las protestaciones de su amor, y cuál, finalmente, el continuo ejercicio de las demás virtudes? Solo el Señor, que penetraba perfectamente el corazon caritativo de María, puede conocer todo eso; y mientras que lo contemplais en el silencio de vuestro espíritu, permitidme que yo considere á María despues que entra en la casa de su prima, y que observando las maravillas que el Omnipotente obra en un instante á su presencia, despues de haber dado los mayores testimonios de su humildad y de haber cumplido con todos los deberes hácia su Dios, se dedica también á ejecutar cuantos actos le inspira el verdadero amor hácia su prima. ¡Cuánto puede una caridad tierna, ingeniosa, activa y animada de toda la plenitud del Espíritu Santo! Lo que María pretende en su visita es, asistir á Isabel en todas sus necesidades, anticiparse á sus deseos, suplir su vigilancia, aliviarla y consolarla en sus penas, y cuidar de todos los negocios de su casa que pudieran causarle incomodidad. Su grandeza no se desdeña de practicar los más repugnantes ministerios; su tierna edad es suficiente para emplearse en los más penosos; y no es un día ú otro el que se ejercita en ellos: su caridad se dilata á todo el tiempo que es necesario en

aquella familia. Tan caritativos oficios los dispensa por espacio de tres meses continuos; y no solo la auxilia en los oficios temporales, sino que también se detiene para proporcionarla y comunicarla los espirituales. Pero ¡cuáles y cuántos fuesen estos! Colegidlos vosotros, oyentes, por los extraordinarios que produjeron su entrada y primeras palabras. ¿Cuáles y cuántos, pues, serian los bienes espirituales y temporales que produciría despues en tan largo espacio de tiempo? Si su sola llegada, si sus primeras palabras obraron tantas maravillas, ¿qué abundancia de gracias, de consuelos y de bendiciones no produciría su estancia en los tres meses de su visitacion? Ella llevaba en su corazon la plenitud de la gracia, y en su vientre á Jesucristo, que es el autor y la fuente de toda ella. No es, pues, un mero acto de urbanidad ú oficiosidad el que que detiene á María tanto tiempo en la casa de Zacarías, pues los oficios de esta clase no son duraderos ni tan puros: es sola la caridad la que la detiene con esta familia.

¡Qué ejemplo éste, católicos! ¡Qué modelo tan propio para excitar en nosotros una santa emulacion! Pero ¡ah! ¡qué pocos imitadores encontraremos si examinamos la mayor parte de las visitas que continuamente se hacen en el mundo! ¿Podremos decir que el espíritu de Dios es el principio de las visitas de la mayor parte de los cristianos? Pero para convencernos de que no es así, ¿tenemos más que considerar la oposicion que dicen ellas con la verdad y con la justicia? ¿Podremos decir que provienen de un movimiento interior del divino espíritu, esas visitas en que no nos proponemos otro fin que entretener la ociosidad, evitar la reflexion sobre nosotros mismos, buscar el desahogo de nuestras pasiones, proporcionar las ocasiones de ver el objeto de nuestra concupiscencia, fomentar una pasion que ya há mucho tiempo nos devora; sostener unas conversaciones blandas y afectuosas con que enardecer el espíritu impuro que nos abrasa, ostentar la profusion y el inmoderable lujo, y hacer vanidad de ser partidarios declarados del mundo y enemigos del Espíritu Santo? ¿Podremos decir, que vamos guiados de un movimiento interior recto y ordenado á esas visitas, en que no procuramos otra cosa que mofarnos del prójimo, ridiculizar sus acciones, interpretar siniestramente sus buenas obras, murmurar atrevidamente hasta de sus movimientos y operaciones más sencillas, y aún maquinando muchas veces su destruccion ó ruina? ¿Podremos decir, que es la caridad el alma de nuestras visitas, cuando jamás nos presentamos en la casa del pobre y necesitado, cuando ignoramos aún los caminos que conducen á los hospitales y demás casas del dolor y de la miseria, cuando ja-

más indagamos los aposentos de la familia honrada que gime en la oscuridad los efectos del olvido y abandono de los poderosos del mundo? Convengamos, pues, en que el espíritu de Dios, la verdadera caridad se halla muy distante de nuestras visitas, y que ninguna conformidad dicen ellas con el ejemplo que hoy nos propone la religion en la persona de María Santísima; pero no ménos lo estamos de la humildad con que esta Señora se manifestó en esta visita que hizo á su prima Santa Isabel.

Reflexionad si no, católicos, en María, emprendiendo su viaje á la casa de su prima: observad quien es María cuando le emprende: atended á las palabras con que acaba de ser saludada por el arcángel: contemplad las maravillas que acaba de obrar en ella el Omnipotente: deteneos á considerar que es ya la Madre de Dios, que es la bendita entre todas las mujeres, que acaba de ser exaltada sobre todas las puras criaturas, aún los más encumbrados serafines del Cielo; sin embargo, léjos de ensoberbecerse con las ideas de su incomprensible dignidad, se muestra todavía más humilde despues de su elevacion, se adelanta á la madre del Bautista, y la Madre de Dios parte á visitar á la de un siervo de su Hijo. No basta: María se presenta á su prima y previene toda su salutacion. Sí, la saluda primero, porque es conveniente que cuanto más pura es la Virgen, sea más humilde. ¡Ah! ¿qué cosa más grande que esta humildad? Isabel se maravilla de que la Madre de Dios haya venido á ella. *Unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?* Pero mucho más digno de admiracion es, que no solo venga, sinó que tambien venga á servir y no á ser servida. Yo no necesito detenerme á referiros los officios que dispensó á Isabel y á toda su casa en el largo espacio de tres meses que permaneció en ella; ya lo habeis oido ántes cuando os hablaba de su caridad: traedlos nuevamente á vuestra memoria, reflexionad sobre todos y cada uno de ellos, y decidme despues que sentis de su profunda humildad. Mas, si hemos de formar juicio completo de la humildad de María, oigamos, finalmente, aquellas palabras con que esta Señora, como que pone el sello á esta virtud: hablo de aquel Cántico con que María responde á las alabanzas con que la engrandece Isabel. Esta afortunada mujer, inspirada por el espíritu de Dios, prorumpo en los más altos elogios á favor de la que reconoce ya por Madre verdadera del Hijo de Dios vivo; mas María, al oír sus alabanzas, queda aún más sumergida en el abismo de su propia nada; y atribuyendo á la gloria de Dios todos los dones preciosos con que la había dotado una misericordia gratuita, en el raptó de su humildad, lle-

vada de un éxtasis de gratitud, prorumpió en el admirable Cántico llamado *Magnificat*, que forma todas las delicias de la Iglesia. En él glorifica á Dios con todas las potencias de su alma por sus ilimitadas misericordias, y á solo Dios dá y tributa toda la gloria.

Tales fueron, oyentes, los testimonios que María nos dejó de su humildad en la admirable y misteriosa visita que hoy hace á la casa de Zacarías: y nos atreveremos á asegurar que hallamos en Ella el modelo de nuestra conducta; pero yo no me determino á hacer este cotejo; hacedlo vosotros por vosotros mismos; y decidme si os reconocéis en aquella prontitud con que María deja su retiro, y á pesar de su grandeza y elevacion parte á visitar á Isabel. Decidme si María defiende aquellos derechos, aquellas etiquetas sobre la esfera que el amor propio ha imaginado é introducido, y que exige con tanta severidad. Decidme si se halla en María aquel orgullo, que tantas veces nos impide el cumplir nuestras obligaciones para con nuestros prójimos. Decidme si son conformes con los sentimientos humildes de María en la conversacion que tiene con Isabel, estas visitas, en que la más frecuente materia de la conversacion es la nobleza del linaje, la dignidad de los honores, la hermosura y excelencia de todos los dones corporales y espirituales, la sublimidad del entendimiento, la abundancia de las riquezas, y todo lo demás que fomenta el amor propio; esas conversaciones, en que tan solo se buscan las alabanzas y la gloria, en que se procura captar la benevolencia de los concurrentes y merecer sus elogios, y en que todo ofende como no lisonjee el apetito de la excelencia y superioridad sobre los demás. Pero yo creo que de buena fé me confesareis, que dicen una oposicion manifiesta las visitas de la mayor parte de los cristianos con la que hoy hace María á Isabel; que en las nuestras se multiplican los desórdenes, y el vicio reina en ellas de asiento, cuando, por el contrario, en María se ejercitan todas las virtudes, y la humildad reina en ellas como la principal. ¿Qué resta pues á vista de tan obligada confesion sinó, que al ver en María todo aquel conjunto de virtudes de que nosotros carecemos, recurramos á esta misma Señora, para que nos alcance de su Hijo Santísimo los auxilios de su gracia, á fin de poder copiar, en algun modo, esos ejemplos que tanto admiramos y de que tan distantes estamos? Así lo hacemos, Virgen Santísima. Alcanzadnos, ¡oh santa Madre del Salvador! aquel espíritu de humildad y caridad que con tanta abundancia derramasteis en aquella visita que hicisteis á Sta. Isabel. Sirva ella de modelo á todas las visitas que nosotros hagamos, para que léjos de ser como hasta aquí un trato

recíproco de vanidad, de disipacion, de vicios, de pasiones, sean, por vuestra intercesion, medios de conservar la union de nuestros corazones, de fomentar el vínculo de la fraterna caridad, y de humillarnos ante el Altísimo.

Y Vos ¡oh Dios mio! derramad sobre nuestros corazones esa caridad viva y ardiente que tanto abrasó el corazon de María, esa humildad que tanto la elevó cuanto más se manifestaba, esas virtudes que tanto adornaron el espíritu de María; haced, Señor, que nada procuremos en el trato y comunicacion con los demás hombres sinó vuestra gloria, nuestra santificacion y la de nuestros prójimos. Vos solo seais el nudo de nuestras amistades, el objeto de nuestras visitas y conversaciones: vuestro espíritu sea en ellas el principio, vuestra gracia el vínculo, y vuestro amor el fruto por los siglos de los siglos.
Amen.

EXPECTACION DE LA VIRGEN MARÍA.

DISCURSO I.

Veni ut salvos facias nos.

Ven á salvarnos.

(PSALM. LXXIX, 3.)

La Iglesia nuestra madre reproduce, en cierta época del año, las exclamaciones de los antiguos padres y profetas; y ora levantando sus ojos al Cielo, ora fijando sus miradas en la tierra, exclama: ¡Pluguiese á Dios, que, desgarrándose los cielos, se dejase ver el Mesías sobre este lóbrego hemisferio! ¡Ojalá, que apartándose las nubes que nos ocultan su presencia, apareciese á nuestra vista el que ha de ser enviado! Y luego, dirigiéndose al Mesías, exclama: Señor, venid á redimirnos con la fuerza de vuestro poderoso brazo. ¡Oh hijo de David, venid á ponernos en libertad y no tardeis! ¡Oh llave de David y Rey de Israel, venid á sacar de la cárcel á los que gemimos en las tinieblas y sombra de la muerte! Venid, Sol de justicia, y desvaneced las tinieblas en que vivimos. Venid, Rey de las naciones, y salvad al hombre que formasteis de la tierra. Venid, oh Emanuel, Dios grande, venid á salvarnos, pues sois nuestro Dios y Señor.

Tales eran, hermanos míos, los suspiros que, al través de cuarenta siglos, lanzaba un mundo convulso en pós de aquel día en que, apareciendo en la tierra el Salvador, había de romper el ominoso yugo y las duras cadenas que pesaban sobre todos los descendientes del hombre prevaricador. ¡Cuáles, pues, serían los deseos de la escogida en los decretos eternos para ser Madre del Verbo eterno? ¡Con qué ansias, con qué ardor y sublimes afectos suspiraría la Virgen, por el feliz momento en que pudiera decirse: ya tenemos con nosotros el Vencedor del dragon venenoso, cuyo tósigo cunde por las venas de todos y á todos hace esclavos! María, remontándose como hermosa águila sobre toda humana consideracion, penetra hasta el